

Carlos Orrego Barros.

LA CUESTION DE IRLANDA

EN estos momentos de conmoción universal, en que cada pueblo se agita en busca de cambios y mejoras que anhela con toda el alma, que vislumbra apenas y que no alcanza a precisar; en que en todas partes se remueve todo y se pretende destruirlo todo, con la vanidosa seguridad de poder organizar una sociedad que supone mejor por el sólo hecho de ser nueva y diversa de la actual, y más justa porque en ella imagina que imperará un bienestar material, reducido en verdad, pero uniforme para todos; en estos perturbados y duros tiempos, la romántica Irlanda se agita también, aun más intensamente que las otras naciones, pero no por intereses materiales sino por los más desinteresados y puros ideales. Mientras todos los pueblos del mundo se despedazan entre sí, reniegan de su pasado, de su Patria y hasta de sus Dioses—en el afán insensato de alcanzar una era de intensas satisfacciones materiales,—los irlandeses, vibrantes de su antigua fe, dan el curioso espectáculo — bien extraño en estos días—de no pensar en cuestiones económicas, de desdeñarlas más bien, de no pensar sino en ideales de política pura, aunque su realización saben ha de causarles quebrantos económicos, pero que ha de enaltecer a su querida y pobre Patria, a la que anhelan ver libre hasta de la sombra de un tutelaje.

Que no otra cosa es el movimiento que ahora dirige el Presidente del Estado Libre de Irlanda: Eamond de Valera, en contra del juramento de fidelidad al Rey de Inglaterra y en contra del pago de las anualidades convenidas en 1925.

El Juramento de Fidelidad es un mero formalismo, resultado del compromiso de los días difíciles del arreglo de 1921, que a nada obliga. Los Miembros del Parlamento de Dublín, dice

ese acuerdo, deberán jurar «fidelidad y pleito homenaje a la Constitución del Estado Libre de Irlanda, tal como está establecido en la ley, jurar que serán fieles a S. M. Jorge V., a sus herederos y sucesores, en virtud de la conciudadanía de la Irlanda con la Gran Bretaña y de su adherencia y participación en el grupo de naciones que forman la Comunidad de Naciones Británicas».

Como se ve, es un juramento sin nada de desdorado, ni siquiera de molesto, salvo para el Rey de Inglaterra a quien le juran una fidelidad un tanto precaria, y sólo después de haber jurado fidelidad y rendido pleito homenaje a la Constitución de la Irlanda. Pero este juramento tan sencillo en el que se pone en el mismo rango a la Irlanda y a la Gran Bretaña, en donde se ha omitido la expresión «Imperio Británico»—molesta a los irlandeses republicanos—para reemplazarla por la de «Comunidad de Naciones británicas», el irlandés lo encuentra abominable, pues merced a él, alguien podría suponer que el Estado Libre de Irlanda no es en realidad libre, sino que es un estado vasallo, en el que aun impera la voluntad del odiado anglosajón que durante tantos siglos tantas lágrimas le arrancara, y por eso quiere cambiarlo por el proyecto de juramento que ahora—a iniciativa del Gobierno irlandés—se discute en el Parlamento de Dublín. La nueva fórmula dice así: «Los parlamentarios deben fidelidad y pleito homenaje al Estado Libre y durante la continuación del Estado Libre en la Comunidad británica, solemnemente prometen ser leales a las obligaciones sociales que de ella provengan, y a la Corona, como símbolo de esta Comunidad».

A nadie se escapa que esta variante en el juramento no tiene importancia alguna real y efectiva, pues el irlandés no ha sido, no es y probablemente no será nunca fiel a sus compromisos con el inglés, al menos en lo que respecta a la libertad de la Irlanda; pero tampoco a nadie se le oculta que no es permitido a una sola de las partes contratantes, cambiar a su arbitrio el pacto social, sin comunicarlo siquiera a la otra parte, como ahora lo está haciendo el gobierno irlandés.

De Valera ha reconocido esto con todo descaro. En uno de sus últimos discursos en el Parlamento de Dublín dijo sencillamente: «Cuando hayamos pasado esta ley, dejemos a los ingleses hablar lo que quieran; estaremos muy bien preparados para oírlos, entonces seremos *iguales*, ahora somos *inferiores*, porque nos niegan el estatuto de igualdad».

No es éste un procedimiento muy leal, no es sino el abuso de una situación política favorable en que la Inglaterra poco, o

nada de muy eficaz puede hacer para impedirlo. La Irlanda conoce el estado de ánimo de los demás Dominios, sabe que todos ellos sostienen la teoría de la igualdad de cada uno de ellos ante la Gran Bretaña, sabe también que Sud-Africa ha sostenido y sostiene el derecho de cada Dominio para salir y entrar y volver a salir libremente, a su arbitrio, de la Comunidad británica. Sabe, por último, que ningún político inglés aceptaría el uso de la fuerza para sojuzgar a la Irlanda; que escasamente aceptaría un rompimiento de las relaciones comerciales.

El pago de las anualidades convenidas en 1925 es cosa de menor importancia. Fué acordado sin gran dificultad, libremente, cuatro años después de producido el arreglo que dió la libertad a la Irlanda, y responde a causas justas; pero el inquieto irlandés lo mira como un signo de sumisión, ve en él la supervivencia del odiado tributo de antaño; y el juramento de fidelidad al rey inglés y este tributo le recuerdan los sufrimientos, las miserias sin fin soportados con un valor y una resignación únicos en la historia, durante su vasallaje de siglos; pero sobre todo porque despiertan la suspicacia, la horrible desconfianza que, las promesas tantas veces violadas de los gobernantes ingleses, han hecho nacer en el corazón de todo patriota irlandés en contra de la que siguen llamando «la pérfida Albión», y que el incidente más trivial torna en odio intenso.

¿A qué se debe este estado de ánimo tan peligroso?

—El irlandés, no hay que olvidarlo, pertenece a esa noble raza celta, caracterizada por la infinita delicadeza de sus sentimientos que, a falta de otros testimonios, su poesía se encarga de comprobar ampliamente. En ella la figura central es siempre la mujer. Esa galantería que hace que el único anhelo del caballero sea el servir a su dama, el merecer su estimación, el alcanzar su amor ideal, ese sentimiento generoso que hace de la defensa de los débiles, el mejor empleo de la fuerza, han sido tratados en todos los principales poemas primitivos de la mayoría de las razas de Occidente,—en España forman el fondo mismo del carácter nacional—pero en ninguna parte se les ha tratado con tanta delicadeza como en las canciones de los bardos irlandeses, como en las baladas populares. Es que así como hay razas con genio guerrero, con genio político, especulativo o práctico, la noble raza celta está dotada de un intenso genio poético, es esencialmente sentimental, muy poco apta para los problemas materiales.

El poema nacional irlandés: el Poema de San Brandán es una de las creaciones más extraordinarias del espíritu humano

y es, sin duda, la expresión más feliz del ideal caballeresco, el cuadro más completo de la soñadora alma celta.

«Todo en él, dice Renán, es bello, puro, inocente; jamás una mirada más bondadosa y dulce se ha deleitado sobre el mundo; ninguna idea cruel, ninguna debilidad, nada de que arrepentirse. Es el mundo visto a través del cristal de una conciencia sin mancha, de una naturaleza humana que no hubiese pecado. Los animales mismos participan en el poema de la dulzura general.»

¿A qué se debe entonces esta suspicacia nunca dormida, este odio siempre despierto del irlandés contra el sajón? ¿Por qué el irlandés que siente compasión hasta por el delator de Cristo, por ese gran infamado de las Edades Media y Moderna: por Judas Iscariote a quien San Patricio vió—y por los ojos del Santo lo siguen viendo todos los irlandeses—en una isla desierta junto al Polo Norte, refrescándose una vez por semana de los resquemores del Infierno y deleitándose con la vista de un manto, que en una ocasión, en la tierra tendiera generoso a un desgraciado; por qué este ser bondadoso y soñador odia con tanta tenacidad al inglés?

Quizás la explicación esté en su gran virtud, en lo que más le apasiona, en ese sentimiento noble que acompaña a todo irlandés desde la cuna al sepulcro, cualquiera que sea su situación, doquiera se halle: el intenso amor a su Patria, a la Verde Erín. Y su Patria pobre y querida ha sido durante siglos esclavizada por el inglés; por eso odia al inglés con todas las potencias de su alma; y desde su punto de vista quizás tenga razón.

Porque la Inglaterra, que con justicia, pasa por ser el más gran pueblo colonizador del mundo moderno, el más sabio y más liberal, no podrá sacudirse jamás de la vergüenza que su proceder en Irlanda la ha traído ante la conciencia universal, porque no tiene excusa alguna, salvo la de que la conquista y colonización de Irlanda fué la primera colonización que el anglo hizo fuera de la Gran Bretaña, y que como toda obra de principiante—aunque después llegue a ser Maestro consumado—fué imperfecta, llena de vacíos, cargada de temeridades; y que las cosas que tienen un mal comienzo rara vez se mejoran con los años. Que los errores iniciales son como las taras fisiológicas con que nacen algunas infortunadas creaturas, que las acompañan y las hacen sufrir la vida entera y sólo las abandonan con el último suspiro. En realidad desde que por primera vez pisó el suelo de Irlanda un soldado británico, en son de conquista, hasta ahora en que le hemos visto retirarse pacíficamente, ha

sido sólo una serie de dolores y de crímenes los que el mundo ha podido contemplar.

La conducta del inglés en los pasados siglos no tiene siquiera la excusa que ideara Quintana respecto de sus crueles compatriotas en la Conquista de América, pues si él pudo decir:

«su atroz codicia, sin inclemente saña
crimen fueron del tiempo y no de España»

y encontrar gente europea que le creyera, nunca se hallará un blanco que pueda creer que la conducta pérfida y despiadada del anglo-sajón, no en tierras lejanas e ignotas a donde no podía alcanzar la acción del Gobierno, de donde no podían llegar los lamentos de las víctimas, sino en la Europa misma, a pocas horas del Palacio de Westminster—cuna de las libertades humanas—era el resultado de las ideas dominantes en aquellos tiempos, que reflejaba el modo de pensar y de sentir de todos los contemporáneos, que no era sino el modo de obrar de los pacíficos burgueses de la Europa. Además, nunca Pizarro, simple cuidador de puercos, o el viejo Almagro que nunca supo leer ni escribir, invitaron a su casa a un Príncipe americano con los suyos, para festejar una paz recién alcanzada, y los mataron a sangre fría y a traición, como lo hiciera el Duque de Essex con el infeliz Príncipe O'Nial; y Essex era un Duque, un hombre galante y feliz, el más envidiado Señor del Palacio de White Hall, que muchos decían que había sabido cautivar, con sus modales delicados y finos, nada menos que el corazón de la Reina Isabel. Es que así como la rudeza y la barbarie se encuentran fácilmente entre los bajos fondos sociales, la traición refinada parece ser el arma favorita de los cortesanos felices.

Sir Walter Raleigh, este explorador brillante a quien tanto debe la Europa—y especialmente la Irlanda—por haber aclimatado en ellas nuestra papa, que hoy constituye el principal alimento de las clases desvalidas, también infamó su claro nombre en las guerras de Irlanda. En una ocasión un castillo se le rindió incondicionalmente; pues bien toda clemencia fué escrupulosamente denegada, los soldados y oficiales fueron desarmados y en seguida toda la guarnición pasada a cuchillo, por el solo delito de haber defendido el suelo natal.

Lord Cornwallis, vencedor en una de las revueltas armadas de la Irlanda, perdió su prestigio en Inglaterra y entre sus propios soldados porque, como gran señor, se opuso y combatió eficazmente las venganzas que los suyos proyectaban contra el ya indefenso irlandés; venganzas tales que, al decir del noble

Lord, eran «aun peores que las de Robespierre». Y hay que fijarse en que esto lo decía un contemporáneo del «Incorruptible» en los propios momentos en que la guillotina segaba las cabezas de Danton y de los demás amigos de la víspera.

Pero si inexcusable es la bochornosa conducta del inglés en la Irlanda de esos siglos ya distantes, es mucho más inexcusable su conducta durante todo el siglo XIX, en el famoso siglo de las luces, y en la parte del siglo en que vivimos.

En realidad la historia de la Irlanda ha sido, en esta última centuria, una serie no interrumpida de crímenes espantables; parece como que las leyes morales hubiesen estado suspendidas y que, opresores y oprimidos, hubiesen perdido hasta ese resto de bondad que implica el respeto al infortunio, que tan rara vez abandona al hombre.

El famoso Lloyd George, en un discurso memorable que pronunciara al estallar la Gran Guerra, reconoció esta situación bochornosa, en cuanto podía reconocerla un Ministro de la Corona. «Hemos cometido, dijo, una serie de estupideces, que se acercan mucho a la *maldad* y que son apenas *creíbles*».

En realidad es difícil de creer que en plena época victoriana, en que el mundo entero y muy especialmente el Imperio británico, gozaba del máximo de bienestar que pueden producir una paz inalterable y un extraordinario florecimiento en los negocios, es difícil concebir que la Irlanda se consumía en la miseria más horrible, en la anarquía más espantosa que es dable imaginar, en que el odio de razas, engendrado por siglos de bárbaras injusticias, de injurias y ofensas espantables, se dejaba arrastrar a los crímenes más horribles.

En un tiempo el grande O'Connell pudo decir con orgullo y con verdad: «nunca en las enormes asambleas que han acudido a oírme, se ha cometido un solo acto de violencia, a pesar de las justas causas de enojo que parecían destinadas a suscitar justas cóleras, porque, a pesar de lo que dicen, nuestro único objetivo es la liberación pacífica del país, la abolición legal de la esclavitud de nuestros conciudadanos, y marcharemos hacia ese fin sin detenernos, sin temblar, sin que nada pueda quebrantar nuestra fe inalterable en el éxito de nuestra obra». Pero esa firme resolución que no debía arredrarse ante nada, esa lucha tenaz por la libertad juntas a las humillaciones de la opresión, crearon en el irlandés la conciencia de su dignidad personal y una exaltación de su sensibilidad moral, casi diríamos una susceptibilidad mórbida que luego produjo una especie de histeria colectiva.

La creencia de que contra el enemigo, que por la fuerza ocupa el país y le tiene bajo el yugo, todo es permitido, se infiltró en-

tonces, hasta la médula de los huesos de cada irlandés, y si alguno a veces vacilaba ante la oportunidad de la venganza más atroz, nunca discutía su legitimidad.

El instinto de conservación y la necesidad de defenderse infundiendo el terror, fueron en cambio las únicas normas de los ingleses. Y opresores y oprimidos olvidaron la vieja máxima moral de que jamás es permitido devolver la injusticia con la injusticia, ni el mal con el mal; la olvidaron en tal forma que puede decirse que toda la vida de la Irlanda en aquella época se redujo a la matanza del irlandés por el sajón, durante el día; al asalto y asesinato del sajón, por el irlandés durante la noche.

Es una época en que toda esperanza de redención parece perdida; en que los nobles esfuerzos de las Universidades inglesas y de la de Dublín por acercar a las clases cultivadas de ambos países, son arrollados por el odio de las masas inconscientes de estas dos razas enemigas; en que los generosos sentimientos de los grandes terratenientes ingleses para con sus colonos irlandeses, se ven recompensados con el incendio de sus granjas y castillos, y con el asesinato de los desventurados colonos que aceptaron el amparo y protección otorgados; época, en fin, en que muchos irlandeses, en la mayor miseria, desesperados, pasan por el mayor de los sacrificios para toda alma patriota; el de abandonar a su querida y pobre Patria en busca de la ansiada libertad. Vienen después tiempos de paz; pero de ¡qué paz!: la paz del desierto, la paz del cementerio, con una vida más dolorosa aun que la de los tiempos de revuelta; pero el pueblo irlandés espera aún, siglos de opresión le han enseñado a esperar, y espera pacientemente.

Por fin alumbró un rayo de esperanza. Los grandes políticos ingleses comprendieron que había que hacer algo por la Irlanda, darla siquiera parte de la libertad que con tanta insistencia pedía; pero la gran masa del pueblo inglés resistió indignada, y su ídolo: «the great old man», el gran Gladstone fué derrotado en su noble propósito, no sin haber visto antes—asesinado en un Parque de Dublín por un exaltado—al Virrey de Irlanda que llevaba la rama de oliva. En esos mismos días las lenguas del mundo se enriquecieron con una nueva palabra, con la que se designa a esa arma terrible de los oprimidos contra los opresores desalmados: el *boycott*, que fué inventado entonces en la Irlanda contra un Capitán de la Marina inglesa de apellido Boycott, quien casi perdió la vida de hambre y sueño, pues nadie en Irlanda quizo ampararlo con alimentos, albergue o con el servicio más inocente; sólo se salvó por su regreso rápido a Inglaterra.

Y el rayo de sol de esperanza volvió a ocultarse entre espesas nubes cargadas más que nunca del odio de estas dos razas vigorosas.

¿Hasta cuándo durará este odio? Es difícil saberlo; ambas razas son muy fuertes y extremadamente tenaces. Es conocido el dicho del Ministro Palmerstone: «Nosotros los ingleses, en nuestras guerras, perdemos siempre todas las batallas hasta que ganamos la última». La resistencia del irlandés, por todo lo extranjero, es también prodijiosa. La civilización romana le alcanzó apenas y no ha dejado huellas; las invasiones de los pueblos del norte casi no pasaron de los estrechos límites de unas cuantas caletas, y después ha resistido victorioso la invasión más difícil de vencer: la de la civilización moderna, que con tanta facilidad arrasa las características regionales y nacionales para fundirlo todo en un tipo único, vulgar.

La persistencia en las ideas es aún más curiosa. El catolicismo se adueñó muy luego del alma irlandesa, porque la dulzura de sus costumbres y la exquisita sensibilidad de la raza, y también la falta de una religión fuertemente organizada, la predestinaban a recibirlo; la doctrina de la sumisión, de la caridad tenía que cautivarla y la cautivó, y desde entonces el irlandés no ha sido sino católico. Pero aun persisten en su alma ideas más antiguas, venidas de más lejos. Las leyendas más remotas que cantaban los bardos que alcanzaron a oír los primeros monjes que predicaron el Evangelio, dicen que cuando el país estaba anarquizado y no era posible que una autoridad pudiese hacer justicia, no había otra acción para el ofendido que la represalia, y si no podía tomarla contra un poderoso, no le quedaba más recurso que ponerse a la puerta de la casa de su ofensor y dejarse allí morir de hambre, pues la divinidad habría, bien pronto, de confundir al fuerte que consentía que su enemigo, a su vista, muriese de hambre. No otra cosa ayer no más pensó y ejecutó el famoso Alcalde de Cork, negándose a tomar alimentos y muriendo de hambre a la vista de sus carceleros ingleses. Y, justo es reconocerlo, la divinidad no se mostró indiferente al sacrificio heroico del Alcalde, pues le vengó muy luego.

Los días aquellos eran sombríos. La Irlanda decepcionada una vez más de la duplicidad de los políticos ingleses que no le cumplieron lo prometido al estallar la guerra europea—a la que Irlanda prestó un valioso contingente de esfuerzo y de sangre—se entregó a la desesperación y recordó estas duras palabras con que Daniel O'Connell reprochaba a Albión su proceder desleal: «En los días de prosperidad, Inglaterra rechaza con des-

dén nuestras súplicas más justas y humildes, solamente en sus horas de adversidad se digna escuchar nuestra voz», y en vez de esperar esas horas de adversidad, como lo predicara aquel venerable Padre de la Patria, se dedicó a provocarlas. Los jefes que la aconsejaban calma, paciencia, moderación, tuvieron que retirarse y dejar sus sitios a los extremistas que desataron todas las pasiones y cometieron todos los crímenes.

En un instante, y como jugando, los irlandeses queman ciento cincuenta cuarteles ingleses, las aduanas del país—incluso la de Dublín—los tribunales, cortan los telégrafos y teléfonos, destruyen los correos, detienen en los caminos a los viajeros, arrancan a los patriotas de las cárceles. Aprisionan, a su vez, a generales, oficiales, magistrados, terratenientes ingleses; registran todos los domicilios e incendian las casas de los enemigos. Atacan sin piedad a todos los que prestan auxilio al inglés y descuartizan al irlandés tibio que suponen espía. Esta justicia expeditiva, el «terror verde», como lo llaman los ingleses, no se mira en medios para imponer su ley. Se mata, no importa en donde, ni cuando: en el domicilio, en el hotel, en el restaurant, en el biógrafo, en el tranvía, en plena calle. Se oye un disparo... se ve caer a un hombre... y eclipsarse al asesino. Nadie se atreve a protestar porque sabe que diez tiros, salidos de todas partes, le darían fin; y nadie se atreve a llegar a los tribunales porque sabe que le va la vida. Por otra parte los agentes del Gobierno inglés rivalizan en violencia y ferocidad, en su afán de restablecer el orden y mantener su supremacía por medio de la fuerza.

Había antes una policía irlandesa; pero después de perdida la ilusión del «home rule», del gobierno nacional ofrecido por Inglaterra al estallar la Gran Guerra y olvidado apenas pasada ésta, ningún irlandés quiso cooperar al gobierno inglés en la Irlanda; hubo, pues, que proporcionarse una nueva. Fué ésta la terrible y odiada «constabulary», compuesta de los desocupados de la Gran Bretaña entre los que abundaban las gentes maleantes, y de soldados recién licenciados, acostumbrados, como era de suponerlo, a toda clases de atrocidades y para quienes los derechos de los civiles no existían. Estos nuevos policías trataban a los infortunados campesinos como habían tratado a los alemanes: como enemigos encarnizados; entraban en las aldeas con la misma insolencia con que han entrado siempre los soldados vencedores en las tierras conquistadas. Por su ferocidad y por su uniforme color de kaki y negro, luego el burlón irlandés los llamó «Black and Tan», el nombre de unos famosos perros de presa del Sur de Irlanda.

Y estos «black and tan» merecían bien su nombre de perros de presa: por instinto de conservación, por espíritu de venganza, por licencia fácilmente adquirida en medio de una población enemiga, tratan de infundir el terror. En un régimen de terror, la desmoralización acude rápidamente, la embriaguez hace su obra; no es de extrañarse, pues, que en pocos meses los «black and tan» se convirtieran en los amos absolutos de la Irlanda. Los robos y saqueos son corrientes; entran, revólver en mano, a los almacenes y arrasan con todo; registran a las gentes, en las calles y las despojan; so pretexto de buscar armas o personas sospechosas, entran a las casas a cualquiera hora del día o de la noche y salen con el dinero, las alhajas y muy especialmente con los licores; otras veces lo destruyen todo y aún lo queman; hacen saltar los edificios municipales, los comerciales, las fábricas, las granjas.

Las personas corren la misma triste suerte que las cosas. Por venganza, prevención o castigo, los «black and tan»—representantes del orden—matan indistintamente a los culpables, a los sospechosos, a los simples republicanos, a las gentes que aparecen en las listas negras que siempre forja la infamia... De noche, enmascarados o simplemente con la cara tiznada, entran a una casa y matan a quien quieren, en su propio lecho o lo sacan a la fuerza para matarlo en el camino. Muchas veces por error, por el acaso, por la premura o la excitación, caen así muchos inocentes. Por eso a nadie extrañaron en Irlanda los horrores del famoso «domingo rojo» del 21 de Noviembre de 1920, en que en Dublín, una docena de oficiales ingleses fueron asesinados muy de mañana, todos a la misma hora, algunos en su propio lecho, a la vista de su mujer y de sus hijos; ni que en aquella tarde la policía disparara, en Croke Park, contra un match de football y asesinara, a su vez, a setenta y tres desgraciados.

¿No es verdad que estas atrocidades, estos asesinatos a mansalva parecen cosas de otras épocas, de edades bárbaras, de países a los cuales no ha llegado aún la luz de la civilización? Y, sin embargo, han pasado en plena Europa y aun no hacen doce años! Pero lo que más me ha llamado la atención al estudiar este período es no haber sabido todas estas atrocidades desde entonces, y quizás a muchos de los que esto lean, les sucederá lo mismo. Una escritora inglesa ha dicho que «la Inglaterra es un muro demasiado alto, que oculta a Irlanda su sol», este mismo muro, demasiado alto, ha ocultado a la Irlanda de la vista del mundo.

Pero no la ocultó a las miradas de los ingleses honorables

que no vacilaron en levantarse airados contra semejante régimen. En esos días desde The Times hasta el último de los diarios ingleses se indigna de semejante barbarie; diez y siete Obispos anglicanos publican una resolución en que piden cese el terrorismo militar y en que dicen esta verdad tantas veces olvidada: «creemos que la fuerza engendra la fuerza, que las represalias hacen nacer las represalias». El Arzobispo de Canterbury—Primado de Inglaterra—los apoya con un vigoroso discurso en la Cámara de los Lorés; después viene el manifiesto de los intelectuales en que se declaran «profundamente humillados con el estado de cosas de Irlanda»; los grandes políticos siguen el ejemplo: Asquith dice que el gobierno practica en Irlanda «una política de violencias sin discernimiento ni responsabilidad, una política cruel e inhumana», y el Arzobispo de Canterbury vuelve a insistir, en otro discurso, en que las represalias tienen que cesar. «No es ésta, dijo, una cuestión de política, sino una cuestión de moral, de lo justo y de lo injusto. Si no se obtiene la paz sino por medio de injusticias, no vale la pena de obtenerla. No se arrojan y castigan a los demonios, buscando la ayuda del propio diablo».

Uno de los Jefes laboristas de entonces: Mr. Henderson de vuelta de un viaje de estudio a Irlanda dijo a su vez: «Se cometen allí, en nombre de Gran Bretaña, cosas que horrorizan al mundo; el honor de nuestra patria ha sido comprometido gravemente; no sólo existe en Irlanda un terrorismo que debiera enrojecer de vergüenza a todo inglés, sino que hay más: una nación pequeña esclavizada por un Imperio que acaba de vanagloriarse de ser el más fuerte amparo de las naciones débiles».

Siempre será un motivo de orgullo para el pueblo inglés que sus hombres dirigentes, en medio de la justa indignación que producían los crímenes de los extremistas irlandeses, hayan tenido la serenidad de juicio para pensar bien, y el valor suficiente para usar ese lenguaje; que su gobierno haya cedido a las fuerzas morales, haya abandonado la mala senda y dirigido su política por el camino de la libertad y de la justicia.

Más violenta, más atroz que nunca estaba la lucha en la Irlanda cuando el 6 de Julio de 1921, el Primer Ministro inglés: Lloyd George, por medio de una carta. invitó a Eamond de Valera—en calidad de *leader* de la Irlanda—y a un representante de los Condados del Ulster, para conferenciar y poner término al conflicto sangriento y secular.

No fué tarea fácil la de llegar a un arreglo, los campos estaban demasiados distanciados, existían muchos odios, acababa

de correr mucha sangre inocente; pero al fin se llegó y el Tratado —un verdadero tratado como entre Potencias independientes y soberanas—fué firmado en Downing Street—la casa del Primer Ministro Inglés—en la noche del 5 al 6 de Diciembre de 1921, en ausencia de los representantes del Ulster.

En este tratado la Irlanda recibe el nombre de Estado Libre, adquiere en el Imperio—llamado, para no herir las susceptibilidades irlandesas: Comunidad de Naciones Británicas—el rango de Dominio, con un estatuto igual al del Canadá (que es considerado el más liberal). Los Miembros del Parlamento tendrán que prestar el juramento, ahora en cuestión, y el Estado Libre cargar con parte de la deuda pública común. La Irlanda reserva al Almirantazgo inglés muchas facilidades en sus costas, para el caso de guerra exterior; recibirá a los buques mercantes ingleses en las mismas condiciones que a los nacionales; se compromete a no mantener un mayor porcentaje de tropas que el de Gran Bretaña. En cuanto al Ulster se estableció que era soberano para resolver si se incorporaba o no al Estado Libre o permanecía unido a la Inglaterra. Como era de esperarlo, los habitantes del Ulster—en su mayoría de origen inglés—resolvieron continuar unidos a la Inglaterra.

Así nació el «Estado Libre» por tantos siglos esperado; el irlandés hasta entonces perseguido, despojado, proscrito, pasó a ser ciudadano independiente, dueño absoluto de su suerte y de los destinos de su tierra natal; se alzó la República, ese anhelado ensueño de tantos irlandeses, maltrecha y arruinada en verdad, semejante a esas ermitas solitarias de en medio del desierto que pobres y desamparadas fascinan, sin embargo, al angustiado peregrino, porque tienen el mágico poder de reconfortar su espíritu y de exaltar su fe.

Los Condados del Ulster no se resignaron buenamente a los términos de este tratado, se sometieron a él únicamente después de haber visto fracasar la bárbara campaña que emprendieron para romperlo antes de su ratificación.

En estos Condados los nacionalistas irlandeses—a causa de sus ideas religiosas — son llamados comúnmente «papistas». En aquellos días se desató y organizó, por el gobierno de los Condados, una furia antipapista. Se les desaloja de sus habitaciones, se les asesina, se les masacra, se les incendian sus casas, se arrojan bombas en los centros católicos, barrios enteros son incendiados. Nunca los rusos contra los pobres judíos, jamás los turcos en Armenia, en contra de los infelices cristianos procedieron con tanta saña como los «orangistas» del Ulster en contra de los infortunados papistas del mismo

Ulster, ante los ojos de las autoridades, de la policía y del Ejército inglés!

Desde Julio de 1920 hasta el mismo mes del 22—es decir, en dos años—hubo 10,000 papistas arrojados de sus empleos, 24,000 de sus casas, 500 muertos, 1,800 heridos. En una sola semana, en el año 22, mil quinientos vieron sus casas destruídas por manos criminales. Todo esto acompañado de actos verdaderamente inconcebibles: constantemente se dispara desde los techos de las casas, desde el tranvía, se arrojan bombas en las reuniones papistas; bandas armadas detienen a las gentes en la calle y si dicen ser papistas o dan una respuesta evasiva, se les asesina en el acto. Las iglesias y las escuelas son objeto de atentados, así como los fieles a la entrada o salida de ellas; el Hospital católico: «Mater Infirmorum» es en una noche *ametrallado* durante tres cuartos de hora; el Cardenal de Armagh es arrestado, amenazado y registrado impunemente, a cada rato, a pesar de su rango y de su edad!

En el resto de la Irlanda el tratado es recibido en un principio con alegría; pero los atentados del Ulster cambian pronto la opinión movediza e inestable del irlandés y hasta Eamond de Valera, imaginando quizás que él podía decir con más razón que el infortunado Hipólito de Eurípides: «la lengua ha jurado, pero el alma no», ataca vigorosamente el Tratado, pretende destruir su propia obra! pero al fin Arthur Griffith y un patriota, de nombre querido para nosotros, Kevin O'Higgins, consiguen que la Asamblea Nacional, reunida en Dublín, apruebe el Tratado. De Valera y sus compañeros extremistas no se dan por derrotados y continúan agitando al país; el Gobierno provisional convoca a elecciones y obtiene un gran triunfo: 126 diputados moderados contra 36 extremistas. Pero a éstos no los calma esta derrota; este repudio de sus ideas por el electorado irlandés, no los calma, sino más bien los irrita y vuelven a las guerrillas y a las tropelías. De Valera se hace nombrar «Presidente *im partibus*» y designa un Gabinete republicano. Pero la Irlanda, aunque simpatiza con las ideas avanzadas está extenuada y apoya al Presidente Cosgrave, y de Valera tiene que entregarse.

Así terminó la guerra civil, pero nadie creyó entonces que el nacionalismo irlandés hubiese capitulado, pues en el fondo todos en la Irlanda simpatizan con la ideología extremista, todos desean ver a su Patria absolutamente independiente y soberana, y muy especialmente verla libre de toda vinculación, de cualquiera especie, con la Inglaterra.

Los que aceptaron e impusieron la aprobación del tratado también tienen esos mismos sentimientos, eso sí que estimaron

que en ese instante no era posible conseguir más. Su modo de pensar puede resumirse más o menos en estos términos: «La República absoluta y soberana es el ideal, pero un ideal irrealizable por el momento, pues nos conduciría a una guerra que nos enajenaría la buena voluntad del mundo; desde que se aceptó negociar con la Inglaterra y de Valera acudió a Londres, supusimos que había que hacer concesiones, que perder algo para llegar a un compromiso; como todo compromiso, el tratado tiene defectos, pero nos trae la paz con honra y nos da la ansiada libertad y el derecho a resolver, por nosotros mismos de nuestros destinos; la Inglaterra nos reconoce como Nación, y adquirimos todo aquello por lo cual lucharon y murieron nuestros mártires, lo demás vendrá pronto, por inevitable evolución. Reconocemos, en verdad a Inglaterra, ciertos derechos en tiempo de guerra, pero hay que convenir en que ella los necesita para su seguridad y que en todo caso ella se los tomaría; nuestra libertad es sólo la de los Dominios, cierto, pero es libertad bastante, y de hecho garantida por todos ellos que no pueden aceptar que se atropelle a ninguno. Si no tenemos la libertad absoluta, a que todos aspiramos, tenemos al menos la libertad absoluta para procurárnosla y la ayuda de todos los Dominios en donde abunda la sangre irlandesa. Este Tratado no es ni será el último, como nosotros no somos ni seremos la última generación de irlandeses. Ya hemos sufrido mucho, no es posible continuar sufriendo, los que vengan detrás que continúen y mejoren la obra. No se trata de la venta de la primogenitura por un plato de lentejas, pues nos ha traído la paz, el descanso necesario para que las generaciones venideras cumplan con su deber y nos lleven al ideal que todo buen irlandés lleva en su alma».

Esta manera de pensar ¿envuelve algo de la duplicidad que siempre se ha enrostrado al irlandés?

—Seguramente, pero ¿qué pueblo débil y largamente oprimido no recurre a la duplicidad, al engaño? ¿Qué concesión tardía produce gratitud? Ninguna, antes bien aumenta el ansia de pedir.

En vista de la manera de pensar de los que con grandes esfuerzos consiguieron hacer aceptar el tratado, no puede extrañarnos el movimiento de opinión que ahora dirige el Presidente de Valera; lo que nos llama la atención sí, es la rapidez con que ha venido, el que nos lo planteen los mismos hombres que ayer no más fracasaron en este mismo intento, cuando creíamos que sólo la nueva generación nos lo impondría.

Es que el mundo va de prisa, todo se precipita en un vértigo de velocidad, es que la mentalidad humana ha cambiado mucho

en los últimos tiempos; antes decíamos: «cualquiera tiempo pasado fué mejor», hoy se cree que toda situación nueva tiene que ser mejor, porque al menos trae esperanzas. Las sociedades agotadas por los sufrimientos que han soportado en estos últimos años, no quieren vivir ya de realidades, quieren sólo vivir de esperanzas, vivir sus propias quimeras. En Irlanda se soñó durante siglos con la Libertad que había de traer el Paraíso... la libertad tan ansiada llegó al fin... pero la felicidad paradisiaca no llega aún... ¿Qué extraño tiene que ahora corra tras de los que la dicen que la felicidad no ha llegado aún porque la libertad no es completa?

Y es inútil razonar. Es evidente que por el camino que ha tomado de Valera nada bueno puede venir. En el supuesto de que triunfe en su campaña y llegue a separarse completamente la Irlanda de la Gran Bretaña y de los Dominios, ¿qué habrá ganado su querida Patria?—Nada, absolutamente nada, antes bien habrá perdido mucho. Hoy participa, al igual que la Inglaterra y los grandes Dominios, en el Imperio más poderoso de todos los tiempos; separada, será sólo una República chica, débil, pobre, sin colonias, sin marina, sin industrias, sin capitales. Pero ¿para qué razonar? El celta es esencialmente sentimental y con los sentimentales nada puede la razón; por lo demás ¿el primer filósofo irlandés: el Obispo Berkeley, no enseñó a sus compatriotas que «el mundo exterior no existe»?

Santiago, Mayo de 1932.